

Fr. Bartolomé de Santa Teresa y su PLAUTO BASCONGADO

Por LINO DE AQUESOLO

Apenas apagados los ecos del bicentenario del nacimiento de Juan Ignacio de Iztueta, nos llega el de otro escritor euskérico, contemporáneo de aquél, contado entre los grandes de nuestra literatura de los siglos pasados, Fr. Bartolomé de Santa Teresa Madariaga, religioso carmelita, nacido el 21 de diciembre de 1768 y muerto en Lazcano entre el año 1835 a 1836.

Un poco de biografía

Nació en Marquina-Echevarría, en el Señorío de Vizcaya. No está probado que fuera en Lazcano donde ingresara en la Orden Carmelitana. Cuanto acerca de esto y de su formación en Pamplona y Tudela se ha dicho, está más que sujeto a revisión y todavía no tiene base documental. El período que mejor conocemos de su vida es el que corre entre los años 1808 al 1830. Ya en 1808 era conventual de la comunidad del Carmen Descalzo de Marquina en calidad de predicador. Compañero suyo como conventual era otro fraile que también manejó la pluma, el autor de *Erle-gobernatzaileen Guidaria*: Fr. Joaquín de Santa Bárbara. Consta por un manuscrito del propio Bartolomé que nuestro predicador, durante la dominación napoleónica, sufrió persecución y fue confinado en su pueblo natal, no lejos de su convento, y allí ejerció funciones de coadjutor, dato confirmado por los libros parroquiales de San Andrés de Echevarría.

Expulsadas las tropas napoleónicas, vuelve a su antiguo convento, y continúa con su cargo de predicador. En 1816 se estrena como escritor con las primicias de su pluma: *Euscal-errijetaco olgueeta eta dantzeen neurritzco gatz-ozpinduba*, impreso en Pamplona. El mismo año inicia la publicación de sus *Icasiqizunac*, con la impresión de su primer tomo.

Al año siguiente sale el segundo, y en 1819 el tercero. Es ya prior del convento de Marquina. Lo era desde el año anterior.

Al terminar su trienio prioral, en 1821, es destinado como prior al Desierto de Sestao, ya en pleno período del Gobierno constitucional que se implantó tras la revuelta o sublevación de Riego. Allí tiene que hacer frente a las muchas dificultades que van entonces surgiendo al normal desenvolvimiento de la vida común religiosa, dificultades particularmente graves para las comunidades que radican en poblaciones de reducido vecindario, como lo era entonces Sestao, amenazadas de disolución. Se conserva parte de la correspondencia que en estas circunstancias sostuvo el prior de aquel Desierto con superiores de otras Ordenes religiosas, Obispos y el Nuncio mismo. Obedeciendo a disposiciones de las Cortes y del Gobierno constitucional, todas las comunidades religiosas, entre otras imposiciones, tenían que proceder a la elección de su propio superior local. El Padre Bartolomé fue confirmado en su cargo con el voto unánime de sus religiosos, menos el suyo propio.

Terminados sus tres años de mandato en Sestao, perdemos de momento la pista del curso de su vida. Hacia el 1829 lo localizamos en el convento de Burgos, pues desde él se traslada en cierta ocasión a Sestao, a predicar en una profesión religiosa. Además, en los años de 1826 al 29, período en que se gesta y sale a luz su *Plauto bascongado*, lo mismo que el *Anti-Plauto poligloto*, aparece como residente en Santander, no sabemos a título de qué, puesto que no nos consta que los carmelitas tuvieran en esas fechas ninguna residencia normal allí.

Al morir, era Maestro de Novicios en Lazcano. Este dato lo hemos encontrado en un libro manuscrito, en que la comunidad de Lazcano anotaba los sufragios aplicados por las almas de los religiosos fallecidos de la Orden, y que ha aparecido entre los libros de la biblioteca de aquel antiguo convento carmelitano, actualmente Abadía benedictina.

En él se hace constar, aparte de su nacimiento y del cargo de Maestro de Novicios, que era profesor de Corella y tenía al morir 44 años de vida religiosa. Este último dato convierte al Padre Bartolomé en una vocación madura, que hoy se calificaría por algunos de tardía. Al profesar la vida carmelitana, pasaría de los 22 años. ¿Habría cursado antes estudios en algún seminario, o en algún lugar cualquiera en que se siguiera la carrera eclesiástica, de esos en los que, como él diría más tarde, se hacía como profesión de olvidar el vascuence?

No hay en la escueta nota necrológica indicación de día ni de año sobre su defunción. Pero en ella la relación de difuntos por años

y meses es continua hasta diciembre inclusive de 1835, y no se registra su nombre. Este no aparece sino en otra lista posterior, llevada con menos rigor y sin indicación de día ni de mes (no se olvide que se estaba en plena guerra y que eran frecuentes las interrupciones de la vida común en las comunidades religiosas), y detrás de otros nombres registrados en diciembre de 1835. Por ello pensamos que el año 1835, que su contemporáneo franciscano P. Zabala dejó anotado como el año de su muerte en el ejemplar que poseía de su *Plauto bascongado*, no es totalmente seguro.

En el convento de Lascano se ha conservado también hasta nuestros días, un depósito de ejemplares en rama del tercer tomo de sus *Icasiquizunac*, que sin duda llevaba consigo de convento en convento.

SU PLAUTO BASCONGADO

No es mi intención hacer mérito de su obra vasca. Sobre la acogida que en sus días mereció baste recordar el hecho de que sus *Icasiquizunac* se leyeron en los púlpitos de Vizcaya por los sacerdotes en sustitución de homilías catequéticas. Aun en nuestros días, he comprobado que a más de uno, que ha caído en la tentación de leerle, Fr. Bartolomé de Santa Teresa ha sido como una revelación, tanto por el fondo de su doctrina como por la fuerza de su lenguaje.

Es otro ahora mi propósito: el de tratar de desvelar algún tanto el misterio de una de sus obras, *Plauto bascongado*, obra que fue dada a la imprenta por un amigo suyo, el presbítero y también escritor vasco, Juan José Moguel. ¿Qué viene a ocultarse tras ese título que a la primera nos resulta enigmático? En realidad, no se trata sino de cuatro cartas escritas por Fr. Bartolomé desde Santander a su amigo Moguel en respuesta a otras tantas en que éste le proponía cuestiones y dudas y le pedía su opinión sobre diversos temas relacionados con el vascuence y el país vasco. Y la cuestión central: la interpretación por el vascuence de un enigmático pasaje de Plauto, tormento de filólogos y orientalistas. La aparición del *Plauto bascongado* provocaría luego la de otros dos escritores, de Mr. Fleury Lécluse y Juan Ignacio Iztueta, a los que el P. Bartolomé replicaría con su *Anti-Plauto poligloto*.

Estos cuatro escritos y la Grammaire basque, del citado Lécluse, serán las fuentes, las únicas existentes tal vez sobre la materia, que podemos utilizar para el resumen que de esta cuestión pretendemos dar aquí y que no deja de tener algún interés, a nuestro juicio, para la historia de tantas disputas como han surgido en torno a nuestro idioma, y para conocer una faceta más del escritor carmelita.

Todo surgió debido a ciertos afanes culturales del entonces cónsul francés en Santander, Luis Francisco Graslin. Ya llevaba este diplomático, y al parecer investigador orientalista, varios años en trato con vascogados procedentes de diversas regiones del País Vasco, proponiéndoles la posibilidad de descifrar por el vascuence el discutido pasaje plautino, en su comedia *Poenulus* (El Cartaginesillo), escena primera del acto quinto, que se decía redactado en púnico o fenicio. El texto había sido de siempre objeto de estudio y discusión entre hebraístas y orientalistas. Y de las últimas investigaciones se había sacado la impresión de que el pasaje se hallaba ya traducido en resumen por el mismo Plauto en los versos que puso a continuación en boca del mismo personaje que decía los versos púnicos.

A Mr. Graslin no le había satisfecho ninguna de las lecturas e interpretaciones presentadas por los vascos consultados, cuando entra en contacto con un vasco que residía allí mismo, en Santander: Fr. Bartolomé de Santa Teresa.

Escuchemos al mismo Padre cómo relata a Moguel el desarrollo de estos primeros contactos:

«He tenido varias conferencias con el señor Cónsul, que está versado en la historia de las lenguas orientales y trabajando con mucha aplicación sobre los caracteres y descendencia de la lengua bascongada. Este señor me asegura que los literatos, que han trabajado en comentar y explicar las comedias de Plauto, no han podido, como el público desea, exponer los versos de la presente cuestión. Y se han contentado con decir que el texto parece ser hebreo corrompido... Me asegura también el señor Cónsul que lleva catorce años de tentativas con los bascongados franceses, navarros y guipuzcoanos a fin de que se exponga el texto en bascuence inteligible, y que ningún trabajado que le han presentado le ha cuadrado».

El Padre Bartolomé, que había recibido el encargo del Cónsul a través de un amigo suyo santanderino, no había sabido negarse a los deseos del amigo y del Cónsul. Y apenas se dio a una lectura detenida del pasaje que le presentaron quedó casi convencido de hallarse ante un texto vasco, o que tenía explicación aceptable en el vascuence. Pero no comprendió su estudio a la ligera. Lo primero, se proveyó de dos ediciones de las comedias de Plauto. «En ellas leí, decía a Moguel, la comedia *Poenulo*, y procuré hacerme cargo de su argumento, actos y escenas». Lee asimismo las variantes que del mismo texto ofrecen los autores. «Y noto de paso que cuantos textos he visto son distintos y discordes entre sí en gran número de letras, sílabas y dicciones, y no menos en las puntuaciones». Esto le anima a continuar el trabajo empen-

dido, y hasta a tomarse a su vez sus libertades para modificar alguna que otra letra, como lo han hecho todos los demás, para que todo quede más adaptado al propio intento.

Al término de su trabajo, cree poder asegurar a su amigo santanderino «que si el texto no se explicaba en algún otro idioma, a mí desconocido, con más propiedad de voces y conformidad con la historia, siempre creería que su lenguaje era bascongado en su origen, aunque muy corrompido a consecuencia de las mudanzas ocasionadas en las copias, y en el mismo idioma bascongado por el transcurso de tantos siglos».

Del aprecio que del trabajo del padre carmelita hizo el Cónsul francés nos habla el hecho de que hizo de él nada menos que dos impresiones, cuyas características están así descritas en la primera carta a Moguel: «Cada verso lleva cuatro modos. como está en el texto, como pudo estar, como debía estar según el presente uso del bascuence, y la traducción al francés», que, por cierto, dice el Padre no estar hecha *mot à mot*.

El mismo Graslin se encargó de que las ediciones corrieran de mano en mano por todo el País Vasco, de una y otra vertiente de los Pirineos, a la espera de respuestas y opiniones. Así llegaron a manos de Moguel, de Lécluse, de un grupo de vasco-franceses que, reunidos en Tolosa de Francia, estudiaron el trabajo del Padre carmelita y dieron su dictamen. Lécluse, a su vez, se hace eco del acontecimiento en el prefacio a su gramática vasca (1826) y no encuentra satisfactoria, y sí bastante ininteligible, la interpretación del carmelita asesor de Graslin en Santander. Por el mismo Lécluse sabemos que el carmelita no fue el único metido en esta empresa de interpretar a Plauto. También corría una versión del pasaje plautino, obra de Iztueta, juzgada por aquel como igualmente insatisfactoria.

En este momento es cuando se inicia el intercambio epistolar entre Moguel y el carmelita de Marquina-Echevarría. Moguel hacía también sus objeciones al trabajo del Padre Bartolomé. Y éste trata de darles satisfacción. No interesan aquí las explicaciones que el carmelita daba a su amigo para presentar como lógica su versión y hacerla encajar dentro del desarrollo normal de la acción de la comedia de Plauto.

Sí diremos que el P. Bartolomé, aunque bastante encariñado con su solución, no es rígido en defenderla ni la considera inatacable, y más bien se siente embarcado por obra de sus amigos en un asunto que a él no le va ni siente interés mayor por él. Y, del coro de comentarios que en diversas partes ha despertado su trabajo, a él no le interesa re-

coger más que el hecho de que, según el sentir de casi todos, las voces que él ha creído leer en los versos del comediógrafo latino son voces vascas y propias.

«Dice V. que en la Bizcaya y en la Provincia de Guipúzcoa hablan mucho de mis versos bascongados plautinos y no están acordes. Ya le dije a V. en mi anterior que los bascongados de Bizcaya y Guipúzcoa reconocen las voces y términos de que yo uso en los versos por propios y puros de nuestro idioma... En sustancia, todos convienen que el texto de la décima está en bascuence».

Y aludiendo al dictamen de la junta tenida por algunos vascos continentales en Tolosa de Francia continúa: «Han dicho que mi trabajo, como se ha dado a luz, no parece presentar un texto inteligible; pero declaran que puede ser el dialecto de Bizcaya». Lo cual le parece al padre que no es desaprobado absolutamente. Juzga también normal el dictamen emitido por un anónimo de Bayona, que confiesa «no se entienden unos siete u ocho términos solos».

Aun cuando a las veces para él es cosa fuera de duda que el texto de Plauto consta «de voces bascongadas y latinas, de tal manera intercaladas entre sí que se ocultase su sentido cabal a sus oyentes», el padre no se aferra a su opinión ni pone empeño mayor en defenderla. Así dice a Moguel: «Celebro que sea a gusto de V. mi contestación a sus solicitudes anteriores, aunque yo poco me intereso en ello. Expongo mi modo de pensar, siempre fundado en razones que me parecen tener lugar en el caso. Y si no merecen el grado de certeza o verosimilitud que se busca, V. tendrá derecho de rebatirlas; pero no con desprecio, sino con otras de igual o más peso a juicio de los literatos».

Y aquí hubiera acabado la correspondencia del P. Bartolomé con su amigo sobre este asunto, si éste no le hubiera propuesto un nuevo tema, pidiéndole su opinión sobre una gramática de reciente aparición: la *Grammaire Basque*, de Fleury Lécluse, la obra en cuyo prefacio, como hemos dicho, se da cuenta de las tentativas de Mr. Graslin y de la solución propuesta por el Padre carmelita y por Iztueta al enigma de la comedia de Plauto.

Pero antes de proseguir, vamos a transcribir, siquiera sea a título de curiosidad, el texto de Plauto tal como lo leyó y tradujo el Padre Bartolomé:

*Nic al oni mun. Al on utsa! Ic oratuijon. Ac on zic.
Zein latztxu nic emen istia mirabari mizqui!
Lepo ganeti ic bein itxiic; a dedin ustu.
Bic naroe ixil oan Al oni. Neu bein itzartu.*

*Bic leien motia, noc toquien letzantic asmauchon!
Ixi deila brin (bein). Epel itxi leicoc ontzen lepua.*

He aquí la traducción:

Yo adoro a este Poder. Poder de pura bondad! Acógete (mujer) a su amparo. A aquel le está bien.
¡Qué áspero me es el dejar yo aquí poco a la criada o criado!
Baja tú la carga de los hombros, para que se descargue aquel.
Dos me llevan ahora callando a este Poder. Yo me despertaré.
¿Quién ha descubierto (mujer), del escondrijo del lugar el delito que se ha cometido entre dos?
Que callen, que cese el ruido. Cobarde sería yo, si no le calentara las costillas.

Las explicaciones que da el P. Bartolomé, apoyadas por otro literato santanderino, amigo suyo, para hacer comprensibles esas palabras en boca de Hannón en el momento de desembarcar en Calidonia en busca de sus hijas robadas, no las queremos traer aquí, como ya hemos dicho. En cuanto al texto de Plauto y su versión, no hubiera dejado de tener algún interés, como curiosidad bibliográfica, poder contar con algún ejemplar de las hojas editadas por Mr. Graslin. Pero no ha quedado vestigio de ellas, al parecer.

Criticando a Léluse

El *Plauto bascongado* tiene una segunda parte que lleva el título de *Impugnación del Manual de la lengua basca*, de Mr. Léluse. Graslin fue quien puso en manos del P. Bartolomé esta gramática, publicada en 1826. Moguel no tuvo necesidad de enviarle el ejemplar que le prometía con la finalidad que ya sabemos: «Me ofrece V. enviarme un ejemplar de la sobredicha gramática basca, para que yo la vea y le diga mi parecer sobre su mérito, a causa de que un amigo suyo, apasionado del bascuence, ha formado la idea de traducirla a nuestro idioma».

Léluse era profesor de lengua hebrea y griega, y escritor de algunas obras en su especialidad. Ahora daba en la tentación de estudiar el idioma vasco y se creía en posesión de todos sus misterios. El mote que antepuso al título de su gramática tiene pretensiones. Nada menos que las palabras de César, puestas en griego: *Veni, vidi, vici*. En la segunda edición, que mereció en 1874, tales palabras están ya en latín. El mote era tanto o más pretensioso que el otro de Larramendi: *El imposible vencido*. Cierta aire de superioridad se le trasluce al autor a lo largo de toda su obra. Lo mismo que el prurito de ridiculizar, con ra-

zón o sin ella, la obra de los vascólogos que le precedieron. Fue un detalle que no se le escapó al P. Bartolomé. Otros más cándidos, como Iztueta, no lo olieron. No es, pues, extraño que al Padre carmelita no le hiciera mucha gracia. Y, aun a disgusto suyo (por no ser un terreno de su gusto este de las disquisiciones gramaticales), se metió con Lécluse.

Lo hace como forzado, por no descontentar a su amigo Moguel. «Amigo mío, si no profesara a V. tanto amor y respeto, mi respuesta a esta su pretensión sería un perpetuo silencio. Es V. demasiado curioso y muy celoso por su lengua nativa, cuya causa he mirado siempre con la mayor indiferencia» (Quiere evidentemente decir que no le agradan ni le interesan las discusiones relativas a su lengua nativa, entonces en boga). «Lea V., si le place, lo mucho y bien cimentado que han escrito de ella respectivamente nuestros autores españoles, bascos y castellanos, Larramendi, Astarloa, Erro, Mariana, Hervás... (no el cura de Montuenga, que quedó estropeado a oscuras en el camino, queriendo lucir en el campo literario). No crea V. fácilmente, y sin oír a las partes, que en esta parte se han de establecer principios más sólidos que los que aquellos sabios dejaron estampados con la respectiva clase de posibilidad, verosimilitud y de hechos innegables. Ríase V. de los bascongados sistemáticos que, andando a ciegas, sin conocimiento de a materia, como el topo, pretenden delinear a la lengua bascongada dentro de un círculo y paseándose ellos a salvo por su circunferencia, ponernos a la vista las dimensiones de su antigüedad, de su primitiva extensión, de su natural belleza, de su admirable riqueza, de su carácter singular. Y esto sin entender lo que hablan y en tono de magisterio»...

«Y no crea V. que todos los que han nacido en los países bascongados y hablan su nativo idioma, saben el vascuence para el hecho de raciocinar con inteligencia sobre su mérito. Este milagrito está reservado a pocos, como sucede en todas las lenguas del mundo. Ni basta que sean sabios en otras facultades, si no han hecho especial estudio sobre la lengua materna. Cada lengua sirve a sus provincias o reinos; cada provincia o reino tiene sus sabios; pero no cuenta con muchos maestros sabios de su nativa lengua. Y las Provincias Bascas deben tener menos a causa de que no están escritas las facultades en su lengua. Por esta causa, lo poco que se ha escrito en bascuence es imperfectísimo respecto a la pureza del dialecto. Por una parte, los autores eran malos bascongados, como dedicados desde niños a olvidar el bascuence, para entrar en los estudios de otra lengua; y, por otra parte, no han tratado ellos en sus escritos bascongados de instruir al público en el bascuence, sino en las materias que tratan en sus obras, de religión las

más. El Padre Larramendi escribió el *Imposible vencido* y el Diccionario: obras sabias a juicio de todos. Pero como primeras obras en su género, llenas de imperfecciones en el concepto de todos los inteligentes del bascuense. ¿Y se le figura a V. que cualquier talentillo con un estudio superficial basta para perfeccionar el *Arte* y el *Diccionario* de Larramendi? No, señor. Es menester talento superior, largo estudio, profunda meditación, aplicación continua, y un vasto conocimiento de las propias voces que se usan en cada Provincia y aun en cada lugar de todo el País bascongado. Y aun así no podrá agotar de una vez la rica mina del dialecto bascongado. Si los diccionarios de las demás lenguas se aumentan cada día, ¿cuánto más se aumentaría el de la bascongada en sus propias y nativas voces, si se estudiara y se escribiera con igual aplicación?»...

«Amigo mío, yo me voy saliendo de la parva y diciendo cosas que poco vienen al caso».

Perdonemos al Padre esta digresión suya en atención a los puntos en que nos ha manifestado su interesante opinión, como el de la ausencia de facultades o Universidades en lengua vasca y la formación tan contraria a los intereses de nuestro idioma en los centros docentes en general.

Pasa luego el Padre a concretar, como se le ha solicitado, su opinión sobre la gramática de Lécluse. Su juicio no puede ser más duro. «Yo le digo a V. que ni en la Gramática ni en el Vocabulario doble de Mr. Lécluse hallo cosa que pueda ser útil para el fin que se ha propuesto el autor, ni para el maestro ni para los discípulos del lenguaje bascongado. Antes bien, si los maestros hacen uso de los tales Gramática y Vocabulario, sabrán menos y peor el bascuense, y los discípulos jamás sabrán con ellos una mediana conjugación de un verbo bascongado. Pero podrán ser los maestros y discípulos, aplicándose a la obra de Lécluse, eternos habladores de la lengua bascongada sin jamás entenderla. Este es el doble juicio que yo he formado de los dichos Gramática y Vocabulario doble. Para probarlo en todas sus partes sólo me costaría correr la pluma por todas las páginas de la obra. Pues muy pocas son las que no contienen yerros clásicos en la materia».

Después de este juicio global condenatorio, se denuncian algunos yerros concretos. Ya en el prólogo ha tropezado con una afirmación de las que hacían poca gracia al Padre carmelita: la de asignar al vascuense por lo menos 17 siglos de antigüedad. Y exclama: ¿Y por qué no 30 ó 25? Claro es que, nos dirá, Lécluse lo arregla todo con un *si nous pouvons*.

Afirmación igualmente arbitraria le parece la de que «los términos respetuosos *zu* y *zuc* pueden ser acaso introducidos en el bascuence por la moderna civilización». Y exclama otra vez con Astarloa: «¡Válgate Dios, por tanto *poder ser!*». Toda la obra de Lécluse la encuentra llena de sus cautelas «que los escolásticos llaman preocupaciones del argumento, para el caso de los cargos que se le hagan al autor».

Censura también la pretensión de que dicha gramática sea de la lengua bascongada clásica, es decir, prácticamente laburdina. Y aquí dirige una severa advertencia al gramático: «Debe saber lo primero que las palabras puramente bascongadas en Laburdain son bascongadas en todo el país bascongado con el mismo valor, expresión y énfasis. Y sin estar mejor informado en el carácter de la madre bascuence, no debió suponer tanta diferencia en lo que él llama dialectos de la lengua bascongada». Esta sería una de las afirmaciones que con más ironía trató de refutar Lécluse.

Más irónicos comentarios tuvo que soportar el P. Bartolomé con sus disquisiciones y distinciones a propósito de las significaciones de *yayo* y *sortu*, en relación con la traducción de un pasaje del Evangelio de San Mateo: «Mariaren senarra, zeingandik yayo (o sortu) baita Jesus», traducción que Lécluse encuentra confusa y «pourrait faire soupçonner que Jésus fut fils de Joseph».

La gramática de Lécluse tiene una segunda parte, un vocabulario doble, que él llama *Manual de la lengua vasca*.

Nuestro impugnador lo encuentra muy defectuoso, tanto por haber dado cabida en él a demasiados neologismos, como por la abundancia de versiones incorrectas.

Pero entendámoslo: términos neológicos son para Lécluse y para el Padre Bartolomé los préstamos, las voces tomadas o derivadas de otras lenguas. Igual sentido tuvo esta denominación para el célebre Chaho, el cual a la primera parte de su diccionario trilingüe, formado por términos de procedencia extraña, lo subtuló *Vocabulaire néologique*. Pues bien, el Padre carmelita reprocha a Lécluse el que, habiendo manifestado tanto desprecio contra los tales términos neológicos (calificados, con palabras de Horacio, de *miseras divitias*), luego les haya dado tanta cabida en su vocabulario, con ser éste tan breve. Con razón dice el Padre Bartolomé que el lector, después de haber sido puesto en guardia contra tales neologismos, espera encontrarse allí con voces propias y no neológicas.

Al final de la carta en que se critica la obra gramatical de Lécluse, la tercera de las cuatro, vienen unas alusiones a Iztueta que habrán

de tener unas repercusiones imprevisibles para el crítico. Llegaron a herir la susceptibilidad de Iztueta en lo más hondo. En el fondo de ellas no había nada propiamente contra Iztueta. El Padre más bien quería hacer chacota de ciertos elogios de Lécluse, quien, halagado por Iztueta, llama a éste «respetable sabio». Y no encuentra justificados tales títulos, porque haya escrito una obra sobre bailes. «Yo convengo, son sus palabras, que al Sr. Iztueta tributaré acaso por su obra de bailes, juegos... sumisos respetos aquella gente que tiene vocación para la distinguida carrera de danzantes, cómicos y mimos. Y no espere el autor por su obra más respetos del religioso y honesto país bascongado».

Y en cuanto a sabiduría, «yo no la hallo. Si considera V. dicha obra por lo que tiene de estilo y pureza del idioma bascongado, tendrá V. que corregirla y expurgarla en muchos pasajes y puntos... Si examina V. en ella la ciencia del arte o modos de diversiones, sones, que presenta el país; en las muchachas de los separados caseríos de entre las montañas de Guipúzcoa, Bizcaya y Navarra, hallará V. más modos y más graciosas y más encantadoras artes de diversiones que en el autor de esos bailes. Estas, sin conocer una letra y a pesar del celo de sus padres y ministros evangélicos, pueden ser maestras del Sr. Iztueta en la invención y gracia de las diversiones de su país. Con que por nada de lo que hay en la sobredicha obra merece su autor se llame ni respetable ni sabio».

Parece claro que estas palabras no iban precisamente contra Iztueta, sino contra el otorgante generoso de tales títulos considerados excesivos. Tampoco contienen censura contra los bailes. Más bien hay en ellas un elogio de sus modos graciosos. Tampoco cabe descubrir en ellas síntomas de diferencias habidas en punto a los bailes entre el carmelita y el escritor de Zaldibia. Cuando el Padre escribió su libro sobre las danzas y diversiones, escrito diez años antes que el de Iztueta, no tuvo presente ni atacó a Iztueta, ni éste en su obra tiene nada que vaya contra las predicaciones del carmelita, ni contra su doctrina. Yo diría que ambos estaban entre sí más cerca de lo que a veces se piensa o se dice. El fin dignificante y moralizador no falta en la obra de Iztueta. El Padre carmelita, por otra parte, fue más contemporizador, por ejemplo, que el Padre Palacios, en la cuestión de los bailes y romerías. No se mete con las autoridades que las permiten y no tiene frases despectivas como las que empleó el misionero franciscano, contra la música del chistu o tamboril. La insinuación que el Padre Villante apunta en su Historia de la Literatura Vasca, en contra de lo dicho, no tiene ninguna base seria. Después veremos cómo respondió el P. Bartolomé a la réplica airada del maestro de los bailes, que se sin-

tió ofendido. Ni se olvide que el Padre exponía aquí su opinión en forma confidencial, sin ningún propósito de denigrar a Iztueta.

Otra consulta más hizo Moguel a su amigo el carmelita. Y fue pedir su opinión acerca de una obra del abate Iharce: *La Historia de los cántabros*. Y una vez más protesta Fr. Bartolomé de su incapacidad para dictaminar en la materia, ajena a sus gustos e intereses: «Para examinarla, me faltan a mí libros, tiempo, talentos y voluntad, sin lo cual no se formará cabal idea de su mérito. Ni con todos ellos, si no es imparcial el censor, se podrá pellizcarle en pequeñeces, pero sin perjuicio de su totalidad, hasta que fundado sólidamente en la historia, se derriben sus principios. En el ínterin morderle sin datos, es falta de buena fe, como se nota a las claras en un moderno».

Con todo, algunos defectos apunta en la obra, que a su modo de ver «mejor deben conceptuarse equivocación e inconsideración del autor, que defectos de la obra». Es el primero: la parte desmesurada que en la geografía de Vizcaya concede a la descripción de Arratia con su Indusi y Zamácola, como si fueran lugares importantes. Ahí descubre su dependencia de la *Historia de las Naciones Bascas*, de Zamácola, esa obra que, para el Padre, «no respiraba sino idiotez, orgullo e irreligión con absoluta ignorancia del carácter, religión y usos del Señorío de Bizcaya». Y es el segundo: «que por toda la obra de Iharce se ve (si no es cavilación mía), un aire de afecto que parece que supone haber concebido los bascos el republicanismo». Sin embargo, al Padre Bartolomé, puesto a ser comprensivo, le parece que eso lo dijo el abate «para realzar el valor de los bascongados en defensa de sus derechos». Por lo demás, ¿republicanos los vascos, ellos tan fieles y leales a sus señores siempre? Mucho despropósito le parece a nuestro fraile.

También ha hallado en Iharce una afirmación que no puede menos de impugnar, referente a algunos oficios bajos ejercidos entre los bascos, aunque «sin mengua de su nobleza». La reacción del fraile es terrible. En este punto, viene a decir, los vascos «son tan delicados que pagan a los extranjeros, franceses e italianos, el trabajo de tales oficios bajos o humillantes, cuando los han menester para el bien de sus pueblos o de sus intereses particulares». Lécluse recogió la pelota y acusó al Padre de orgullo y de desprecio hacia sus hermanos de allende el Pirineo.

Aquí damos por terminado este resumen del contenido del *Plauto bascongado*. Veamos ahora la reacción que provocó en dos de los que se sintieron malheridos por él: Lécluse e Iztueta.

El Anti-Plauto polígloto

La correspondencia del Padre Bartolomé de Santa Teresa, con ser privada y confidencial, había salido a la luz pública, si bien contra la voluntad del autor.

Enterado del propósito de Moguel de darla a la estampa, decía el Padre carmelita a su amigo: «¿Para qué quiere V. que mis borrones vayan a la prensa y que se ría el público a mi costa? Poco favor me hace V. con esto... Yo le he comunicado a V. mis pensamientos por habérmelos pedido con ocasión de los dichos versos de Plauto. Empecé aquel trabajo a ruegos de los amigos. Y sus consecuencias han sido las tres cartas que le escrito a V. Pero no son más que cifra mai formada de lo mucho que ofrece la materia para ilustrar sus objetos. Ninguna utilidad veo en su publicación. A no ser el texto de Plauto en bascuence y castellano y la primera que escribí a V. con la exposición de los motivos de mi trabajo. El contenido de la segunda radicalmente está en la primera. Y el de la tercera puede V. comunicar a su amigo, futuro traductor de la Gramática de Lécuse, y no hay necesidad de más».

Pero ante instancias y ruegos «impertinentes» del amigo cedió al fin y consintió en la publicación.

Y vino lo que vino. Lécuse, con el seudónimo de Lor Urhersigarría, que quería ser traducción vasca de Fleury Lécuse, e Iztueta, publicaron sendas respuestas, éste a título de carta a Moguel y aquél con el de *Plauto Polígloto*. Y el P. Bartolomé hubo de recurrir de nuevo a su pluma y con el título de *Anti-Plauto polígloto* dio a la estampa (o su amigo por él) su réplica a ambos. Tanto el cónsul francés como Moguel habían puesto ejemplares del opúsculo de Lécuse en sus manos y un amigo de Santander le proporcionó uno de la carta de Iztueta. Y dirigiéndose a Moguel escribía: «Es verdad que ambos estábamos a la espera hacía ya tiempo de alguna cosa de provecho sobre los diez versos de Plauto bascongado e Impugnación del Manual vasco, por los grandes campaneos que habían precedido acerca de esto... ¡En qué pararon las fiestas! ¿No le dije a V. que no diera a la prensa mis borrones? Lo mismo que si hubiera adivinado». Y bromea un rato con su amigo a propósito de sus adversarios: «Se han suscitado aquí varias dudas sobre la naturaleza y origen de Urhers y de la carta que a V. le ha dirigido el Señor D. Juan Ignacio de Iztueta. A éste le han bautizado con el nombre de Chilla» (Lécuse había antes bautizado al dúo Bartolomé-Moguel con el nombre de Zoilo, nombre de un famoso crítico de Homero con fama de mal crítico). «Conviene todos los fa-

cultativos que Urhers y Chilla son gemelos... Dicen que ambos nacieron de noche. Urhers nació a las once de la última noche de 1828, y Chilla a la una de la primera noche de 1829, dos horas después de su hermanito. Y por esta causa salió Chilla de más fina cultura. Si hubiera tardado dos horas más, era hoy seguramente *et non plus ultra* en su género».

Parece dar a entender aquí el Padre que los tiros parten de un frente común y que hay aliados. En efecto, ni Lécluse ni Iztueta han actuado solos. Lécluse no sabe escribir en español, aunque lo lee. Y el *Plauto poligloto* ha salido en español. El redactor castellano de la carta de Iztueta, según dice Vinson, fue Iturriaga. Su texto vasco (porque se imprimió con texto bilingüe) tiene todas las trazas de ser una traducción, y mala traducción, toda plagada de Larramendismos, como los del libro de danzas del mismo Iztueta.

Continuando en su tono festivo, el P. Bartolomé dice a Moguel: «Lo que nos interesa es mirar por nosotros y no perder de vista el peligro en que nos hallamos... Nuestros enemigos son muchos y poderosos. ¿No ve dos terribles ataques uno tras otro en cuatro días? ¿Y quién sabe los que pueden repetir con igual superioridad y acierto? A poco que nos descuidemos en averiguar si son galgos o podencos, seremos presa de ellos. Sobre todo cuando llegué a los credos me espanté. Todavía se me estremecen mis carnes, temeroso de si estoy endemoniado o energúmeno...».

«Amigo, soy de parecer que sin perder un momento tratemos con ellos y les roguemos *ea quae pacis sunt*. ¿No ve V. que nos están convidando con la paz?... ¿Quién pierde tan bella ocasión de negociar la paz, y la alianza con tan nobles y magnánimos colegiados? No tema V. nada. Nuestras paces son seguras».

Fr. Bartolomé no es partidario de tomar demasiado en serio a sus impugnadores. «Ni yo ni V. estamos para estas fiestas. Y menos en cosas claras a la razón. ¿Cuándo se acabaría el análisis de los defectos sustanciales de la gramática y vocabulario doble del Manual bascongado de Mr. Lécluse? ¿Cuándo el del tomo magistral exclusivo de este Mr. sobre todos los sabios de la lengua vasca? ¿Cuánto papel se debería escribir para poner a golpe de vista lo mucho o muchísimo de nuestra impugnación que los gemelos (no siendo mudos) callan? ¿Lo mucho que nos conceden francamente? ¿Lo muchísimo que pasan en solos gritos (aunque modestos)? ¿Y las simplezas que nos aumentan por gracia?...»

Hay algo que en particular interesa al Padre destacar, la parte que

hace relación al fondo del Plauto bascongado: «A más, debe V. asentar que nuestros gemelos sólo cuidan del punto en que les aprieta el zapato. Por esta causa el *bascuence de Plauto* en su comedia Poenulo corre en su totalidad con su pasaporte basco, sin que ni Urhers ni Chilla le hayan estorbado siquiera un solo paso».

El Padre no dejaba de tener bastante razón. No sé por qué el Padre Villasante, en su Historia, tomando decididamente partido por Lécluse, dice que éste replicó cumplidamente al autor del *Plauto bascongado*. Hay allí poco de réplica y menos de cumplida. Y sí de ironías gratuitas a propósito de que Plauto hable libremente hebreo, cántabro, céltico, irlandés, húngaro, cosa que sólo muy de lejos atañía al Padre; muchas chacotas a cuenta de erratas de imprenta, y bastante de esas simplezas que ha dicho Fr. Bartolomé, y que se las saca de su manga para atribuir las a su impugnador y utilizarlas como blancos contra los que disparar victoriosamente sus tiros. Pero muy poco, y no muy cumplido, de lo que hacía al caso. Lécluse no estaba preparado todavía para hablar en el tono doctoral con que lo hacía sobre tantos puntos de gramática vasca. La prueba está en que por esos mismos días mantenía correspondencia con el franciscano P. Zavala y estaba haciendo luz sobre puntos que consideraba dominados por él en su gramática. Por ejemplo, ese *zu* y *zuc*, esas formas de tratamiento cortés, a las que hemos aludido antes. Aún ignoraba que las formas del tratamiento familiar se extendían a otras personas que la segunda persona en el verbo. El P. Zavala le sacó de su ignorancia. «C'est pour moi la découverte d'un nouveau monde», le decía al franciscano el doce de diciembre de 1830. Pero ya era un poco tarde. ¿Cómo no iba a tener razón el P. Bartolomé al decir que quien estudiara el verbo vasco por la gramática de Lécluse poco sabría de su conjugación? Creía también Lécluse que Leizarraga, en la segunda mitad del siglo diez y seis, no conocía las dichas formas corteses, porque él no las empleó en la segunda persona del singular. Y, claro, así, tenían que haber sido introducidas muy avanzada la «civilización moderna».

Por lo demás, el P. Bartolomé era el escritor vasco más difícil para que nadie le diera lecciones en este punto, ya que es de los pocos escritores nuestros en quien se ha conservado vivo el uso de dichas formas para la segunda persona del plural. ¿Cuándo pasaron al singular? Contra la afirmación con tanta seguridad hecha por el Padre Villasante, habrá que reconocer que no sabemos cuándo ni bajo qué civilización, si moderna o no tan moderna, se ha producido el fenómeno. Así lo entendía el P. Bartolomé.

Pero concretemos algo más la respuesta dada por este padre a los

ataques de sus dos impugnadores. Lo primero, trata de situarse en un terreno firme y real, buscar el punto clave de las diferencias mutuas. Y descubre que la única causa del choque es «el haber tocado por encima de la ropa en nuestra correspondencia, que V. dio a luz (así le dice a Moguel), al Manual de la lengua basca de Mr. Lécluse y haber negado el renombre de respetable sabio a D. Iztueta por su obra de *sones, danses...*». Ahí es donde les duele. Pero abriga buenas esperanzas: «De quienes espero yo, a poco que nos amañemos (no acierta a salir de su tono humorístico), que convertirán en esta causa sus iras en caricias, como aquellos gatos mansos que, al momento siguiente que dan un zarpazo, porque se les pisó casualmente el rabo, vuelven a hacer y a admitir halagos. Cuando se trata de hacer paces, se deben olvidar muchas cosas pasadas y sacar el mejor partido posible. Así practicaba Séneca con su discreta y juiciosa señora... Con todo, por grandes que sean nuestros deseos de paz, nunca debemos quedarnos tan calvos que nos vean los sesos».

Y sin acertar a abandonar su humor zumbón, expone su plan de conciliación, o de ataque: «A mí se me ofrece que será muy conveniente se asienten unas cosas, y se admitan otras y se nieguen algunas, antes de la discusión de los principales artículos de nuestras controversias con los gemelos... Todo ha de ser lisa y llanamente y con las menos palabras en lo posible». Son unos diez y ocho puntos, unos supuestos, otros admitidos y algunos negados.

Para dar idea de algo de su contenido y como muestra del humor que el Padre gasta, reproducimos algunos párrafos:

Se supone que él «ni ha sabido ni sabe el idioma basco ni latino ni francés ni griego ni hebreo ni otro, incluso en ésta las demás *ni ni* de Doña Chilla relativas al presente caso. Y a mayor abundamiento te añade que nunca ni por escrito ni de palabra se ha insinuado ni menos jactado el tal impugnador de haberlos sabido...

«Se supone que con las letras de los diez versos púnicos de Plauto se puede escribir y hablar en cualquiera lengua. Un niño de escuela sabía esto desde antes que naciera Urhers. Pero por respeto a las superiores luces del honorable Lor se asienta esta suposición...

«Admite con el más fino agradecimiento de su cordial afecto a los honorables Gemelos Urhers y Chilla todos y cada uno de los honrosos y muy civiles epítetos que juiciosamente y en buena crianza le dispensan en sus encantadoras y sabias producciones y los que sus SS. se dignen dispensarle en adelante. Y con singular regocijo de su alma los nombra para perpetua memoria de la fina educación y cortesía de los

Gemelitos y honra del mismo agraciado...: *tonto, ignorante, bolonio, desvergonzado, arrogante, atrevido, satírico, lunático, visionario, iracundo, blasfemo* y aujas aujas *endemoniado* o *energúmeno*, porque le con-juran con dos credos. ¡Cuánto vale el decir la verdad! Con estos preciosos elementos piensa el impugnador formar muy a honor suyo un Manual basco-francés teórico-práctico, para que los jóvenes seminaristas lo tengan siempre a la mano y hagan uso de las urbanas frases *ubique terrarum*. Aunque Chilla, por haber nacido dos horas después de Urhers, según queda probado en el *avant-propos*, salió más adornado de prendas de cortesanía y como liberala las dispensa todas al impugnador. Este no se las admite, por no privar a la culta señorita de sus geniales, propios y mejores aderezos... Se cuenta por seguro que la Madama Chilla, muy instruída y más práctica en estos puntos de su bien ejercitada civilización, dará pronto a luz otro Manualcito, como corónide de sus preciosísimas obras para el uso de las educantes, educaturas, educatas y educandas de sus nuevos Colegios. ¡Qué será el Manualcito!

Algo se salió aquí el Padre de la norma que se impuso de ser breve y de expresarse con las menos palabras posibles; pero alguna disculpa tiene, porque en la carta de Iztueta, o quienquiera sea su autor (puesto que ya en esas palabras parece se apunta a otro: Iturriaga?), que en suma se propone probar que «ni el Padre es sumulista ni etimologista, ni romancista siquiera», se decía también, que el autor de *Plauto bascongado* «ni siquiera tiene en su correspondencia el lenguaje urbano y cortés, que se encuentra en la de cualquiera que haya tenido una educación regular y un poco de trato de gentes bien criadas». Y todo, porque había calificado de «impertinentes» los ruegos de Moguel para que consintiera en publicar sus cartas.

Pero prosigamos reproduciendo muestras de las concesiones y negaciones del Padre: «Se admiten todos los pecados y pecadazos de *Plauto bascongado*. Aun aquellos que parecen yerros de imprenta...

«Se niega que el impugnador se halle acostumbrado a meditar sobre las 206 conjugaciones reconocidas por Astarloa para cada verbo, como arbitrariamente se le imputa...

«Se niega que le pareciesen cortitos los vocabularios de basco-francés de Mr. Lécluse. Le parecieron larguitos y muy larguitos, porque de lo malo cuanto menos».

Y así, burla burlando, va a la vez poniendo los puntos sobre las fes, trayendo a sus adversarios al punto de la cuestión que entre ellos se ventilaba, ya que tantas veces se salían de él yendo por los derroteros del insulto personal, hasta el extremo de decir Iztueta, en su mal humor: «Me alegro mucho de que no me haya aplaudido el Padre Car-

melita». Como humor, el del carmelita era de mejor ley que el de sus dos adversarios y su lógica le hacía ceñirse mucho mejor al tema, a pesar de las digresiones y de los chascarrillos de todo género de que va salpicando las 32 páginas de letra menuda de su *Anti-Plauto*.

No estuvo muy sereno ni objetivo Iztueta al escribir lo que sigue: «Se conoce que su Reverencia es de aquellos que hablan de bóbilis bóbilis, oyendo campanas sin saber dónde y que se ha echado faltas, sin tener más noticia de mi obra que la de su título».

No era para tanto. Y la réplica del Padre es breve: «Siguiendo tu ruta de ser breve, pregunta: «Si la obra de ...D. Iztueta guarda desde su principio... el estilo y pureza de la lengua bascongada o no? Otra pregunta: Si por escribir sobre *danses, jeux, sones...* con arte menos graciosa que las muchachas de los caseríos del país sin conocimiento de una letra lo saben practicar, merece el autor de danses... el nombre de respetable sabio o no». Y no se le hable al Padre de ilustres y honorables guipuzcoanos que han aprobado el libro. «¿Cuántos padres de familia guipuzcoanos han, no ya recomendado, sino sólo aprobado a sus hijos la lectura de *Danses?*»

El Padre conoce a uno de los protagonistas y a su familia y se honra con su amistad. A ninguno de sus hijos han dado a leer el libro. Y concluyendo dice: «Si creerá acaso Doña Chilla que es lo mismo aprobar un escrito que tributar respetos por él al escritor?»

Iztueta se pasaba de cándido al elogiar a Lécuse: «No he hecho en elogiar la obra de Mr. Lécuse más que cumplir con el deber que como a buen guipuzcoano me impone el celo infatigable de un extranjero ilustrado, acérrimo partidario de nuestra lengua, cuyo mecanismo ha llegado a penetrar sin más guía que su aplicación, haciéndose or lo mismo digno de admiración del mundo literario y del aprecio de todo bascongado amante de su país y de su idioma». Pues bien, el Padre Bartolomé, amante de su país y de su lengua, no pensaba igual. Iztueta no parece haber captado la ironía que manifestaban más que ocultaban muchos pasajes y comentarios de Lécuse. El Padre Bartolomé, sí. Y para Iztueta van dirigidas, por ejemplo, estas palabras sobre el autor de *Plauto Poligloto*: «¿Pierde por ventura la menor ocasión, aunque sea vulgarísima, para ridiculizar y empobrecer la lengua vasca?... ¿Cómo cita en muchas y muchísimas partes a los escritores de este idioma? ¿Qué saca de ellos? ¿Qué sacó del sabio Oihenart?... ¿Cómo le trata al Abate Iharce? ¿Qué aprecio hace de Astarloa casi en todos los puntos de las gracias singulares del bascuence?» (Vinson, por ejemplo, denuncia en su bibliografía la injusta actitud de Lécuse con Iharce).

Punto final

No hará falta, no es necesario tocar todos los puntos que salieron a discusión en esta contienda, en que hay momentos, como casi en todas las discusiones, de verdadero diálogo entre sordos, de una y otra parte. Y vamos a poner punto final.

Decía Moguel en la introducción que puso a las cuatro cartas que constituyen el fondo de *Plauto bascongado*: «El autor de las cuatro cartas escritas con esta ocasión a súplicas de un amigo suyo, que las da literalmente a la prensa, es el R. P. Bartolomé de Santa Teresa, carmelita descalzo, natural de San Andrés de Echevarría en el Señorío de Bizcaya. Bien conocido en el País bascongado de la parte de España, no sólo por sus escritos, que ha dado luz en dialecto bascongado, sino también por haber corrido él mismo muchos de los pueblos de Bizcaya, Guipuzcoa, y Navarra basca, en el desempeño de sus religiosos deberes, ha tratado por necesidad con toda clase de personas bascongadas. Motivos que nos han estimulado a imprimir este su nuevo trabajo, a pesar de cuanto él escribe sobre esto en su cuarta carta. Porque, aun cuando la obra de Mr. Luis Francisco Graslin, indicada por el autor, salga a luz, por un regular saldrá en dialecto francés. Acaso no se traducirá al idioma español, y aunque se traduzca, no se puede esperar sea tan pronto».

En efecto, según decía el P. Bartolomé, Graslin estaba ultimando ya su estudio, bastante extenso y meticuloso, sobre el discutido pasaje de Plauto y su interpretación vasca. Y en él se recogía toda la colaboración y contribución del carmelita a la solución del enigma. Su autor llegaba a prometer al Padre publicar la obra a nombre de los dos, del cénsul y del carmelita. Era una de las razones por las que disuadía a Moguel la publicación de sus cartas. Era «inútil y excusado».

¿Qué pasó para que los propósitos de Graslin quedaran incumplidos? Muy verosímilmente, desistió de su intento por haber adquirido conocimientos más seguros sobre la materia, por haberse convencido de que pretendía avanzar sobre una vía muerta a base del vascuence.

El año 1823 había desde luego salido de las prensas de Turín una edición nueva de las obras de Plauto. Y allí, al llegar al pasaje púnico, podía leerse una traducción del texto, tan traído y llevado, en latín. Según se decía en nota, estaba hecha de otra traducción alemana, obra de Juan Joaquín Bellermann, profesor berlinés, músico a la vez que teólogo y filólogo, y editor de clásicos griegos y latinos. Se decía también que el original plautino estaba en púnico. Bellermann había publicado sobre la materia tres estudios por los años de 1806, 1807 y 1808,

dejando resuelto el rompecabezas de filólogos y orientistas y demostrando que los anteriores intérpretes del pasaje, como F. Parée, Samuel Petit, Bochart Clerc y otros (sobre cuyos fundamentos habían pretendido construir tanto Bartolomé como Lécluse), habían andado muy des-caminados. Se confirmaba también lo que algunos ya habían atisbado: que el texto púnico ya estaba resumido y en alguna manera traducido en la continuación de la escena en los versos de Plauto.

Sea como fuere, no apareció el trabajo de Graslin. Tampoco nos ha llegado ejemplar alguno de las hojas editadas por él sobre la materia. Muy pocos ejemplares han quedado del *Plauto bascongado* del P. carmelita, y de su *Anti-Plauto políglo*, menos. Ni siquiera ha sido registrado por Vinson ni Sorrarain, y sí por Soraluze. Y fracasó también el proyecto de traducción al castellano de la *Grammaire* de Lécluse.

De modo que, atendiendo a los resultados prácticos, en algún sentido el combate entre los partidarios de Lécluse y sus contrarios, podría decirse que terminó en tablas.